

Suscripciones:

En Murcia,
50 cts. al mes
Provincias,
8 reales tri-
mestre.
Pago adelan-
tado.

LA JUVENTUD LITERARIA

SE PUBLICA LOS DOMINGOS.

Año II.

Murcia 13 de Enero de 1889.

Núm. 7.

Anuncios.

Se reciben
en la Admi-
nistración de
este periódico
Comunica-
dos, á precios
módicos.

Anuncio-tarjeta y periódico 4
reales al mes.
Número suelto 25 céntimos.

Redaccion y Administracion
APÓSTOLES 11, BAJO.

Colaboradores todos los suscri-
tores.
La correspondencia al director.

La Juventud Literaria.

ALGO PRÁCTICO.

Todas las ciencias son igualmente útiles, en términos que no hay ninguna que sea superior á las otras. Hay quien crea que la Psicología es la más noble y elevada por la naturaleza de su objeto. Pero, y la Metafísica? Es inferior á la ciencia del alma la de lo supra-sensible? Si en esto hubiera jerarquías, parecería lo contrario.

Que la Psicología sea el punto de partida, puede admitirse; aunque siempre hay un pro y un contra que confunden.

Prescindiendo de ciertas consideraciones, diremos que de tal modo están enlazadas las ciencias, que recíprocamente se completan; consistiendo en esto la igual utilidad de todas ellas.

El psicólogo, que despertó gritando: *Cogito, ergo sum*, no debe desdeñar al metafísico, que discurre acerca del destino de ese mismo pensamiento. Del propio modo el mecánico, que regula la fuerza bruta y la somete á su dominio, no llamará soñador al filósofo, que reguló la fuerza moral que lo había subyugado.

Pero en la elocución de ciencia debe cuidarse, además de la conformidad con los caracteres, de la utilidad que pueda reportar al individuo y á la sociedad en que vive.

Siendo tantos en el mundo los que se aplican á las especulaciones filosóficas, á las ciencias sociales y políticas, etc., etc., será gloriosísimo para nuestros pueblos que uno de sus hijos sobresalga en alguno de esos ramos del saber; pero mientras esto no acontezca, y aún aconteciendo, tendremos de sobra con lo que nos dicen los filósofos y moralistas para seguir sus consejos, y debemos emprenderla con nuestro país, que nadie, sino nosotros, tomará á su cargo.

Echarla todas de filósofos, de astrónomos, de historiadores ó de literatos, sobre ser de resultados muy heterogéneos en el terreno personal, nos parece en extremo estéril, pues no son muy remuneratorias esas aficiones, aun admitiendo que se cultiven con cuidado. Menos malo, es cierto, que nos de por ellas, porque al fin y al cabo, lo que pierda el cuerpo ganará el espíritu, y no se morirá uno como un jumento; pero como no todas las inteligencias corren parejas, y á nadie le gusta quedarse atrás, y lo que no se pue-

de se finge, hay riesgo á lo menos de perder el tiempo, lo cual es perjudicial para el estómago y para el país, y algo enredado para el alma.

Que se establezcan escuelas, y que los que pueden asistir á ellas se descuelguen á la postre con lo que no era el trato, dejando á la ignorancia la agricultura y la industria, es un contrasentido, que no necesita demostración.

Que los que sin saber donde tienen la mano derecha, desdeñen las artes mecánicas, por ejemplo, y sin haber leído un libro de cabo a rabo, hablen de la mar, es una consecuencia de lo que hacen los otros.

Así anda todo.

Aun hay más. Ciertos individuos, en su afán de llegar á la cúspide del saber humano, ó de creérselo á lo menos, andan á salto de mata, y descuidando los estudios elementales, únicos que pueden conducir á la verdadera ciencia, se andan por las ramas, no logrando lo que se propusieron, y quedando solamente de su paso por la tierra una sombra confusa y vaga. Nada les deberá la patria, ni ellos habrán disfrutado de las dulzuras del saber.

Y es claro: empezar por el fin, es lo mismo que no empezar.

El análisis sin la síntesis, dice la lógica, engendra la ciencia incompleta, y el análisis sin el análisis engendra la ciencia falsa. El análisis comienza á imponerse cuando se estudia por principios. Lo demás vendrá á su tiempo.

Mucho habra contribuido á la postración en que estamos ese afán de celebridad basado en los golpes de efecto y en las frases hechas, seguidos de estrepitosos aplausos; de lo que habrá resultado que aquellos dotados de algún talento, hayan seguido avante, y los más torpes, consumidos por la envidia, se hayan ido á las esquinas á murmurar de los primeros y á desbarrar por los codos; todo lo cual se hubiera evitado moderando el orador que dos más dos suman cuatro, y escribiéndolo en su cartera el oyente para que no se le olvidase. Porque los golpes de efecto y las frases hechas vuelan que es un primor, y al preguntar al más entusiasta: ¿Que dijo Fulano, que tanto lo aplaudiste? es muy posible que responda: Pues no me acuerdo.

Además están seguros los oradores de todo lo que dicen? ¿Tratan tanto de convencer como de recibir aplausos? Cuestión es esta espinosísima, tanto más cuan-

to que hay algunos que, lejos de merecer tan agrias censuras, son acreedores á nuestro agradecimiento; pero creemos que ni en esto ni en aquello hemos estado exagerados.

Si todos hubieran seguido las huellas de unos cuantos, que saben dar formas á la voluntad general y señalar lo que conviene, algo más hubiéramos adelantado.

Nuestro objeto no es presentar un plan de estudios adecuado á los intereses materiales de un país; pues ya está hecho por quienes saben más que nosotros; únicamente indicar algo que contribuya á auxiliar, ó á lo menos á no estorbar á los que se ocupan de nuestro engrandecimiento.

Para lo cual se necesita, que los que no pueden seguir estudios mayores, en vez de divagar acerca de lo que no entienden, intenten aprender algo práctico; que no es reducido el campo que se beneficiará con sus trabajos.

Un poco de matemáticas, algo de ciencias naturales, otro poco de agricultura, etc. etc., pero todo como Dios manda, vale más que ese farrago de palabras que caracteriza á los vanagloriosos.

Conseguido esto, y cuando se sepa plantar un árbol, ó hacer un estanque ó un barco, concertar las palabras y no disparatar, ya podrá seguirse adelante; pues el estudio metódico encarrila á la gente.

Y cada cual en su esfera será útil al país que le dió vida.

Recuerdo de un amigo.

Fernando me echó el brazo sobre los hombros, y habló de esta manera:

«Debajo de su ventana hay un bonito jardín en medio, del cual una fuente de marmol, y ésta, rodeada de caprichosas plantas, que por su altura y espesor, puede muy bien ocultarse cualquiera sin ser visto de nadie.

Salté la verja de hierro y me dirigí al oculto sitio, para sentarme en un poyo, de los que hay colocados al efecto.

Esperé con impaciencia más de dos horas, al cabo de las cuales, la ví en una de las ventanas de su casa.

A poco desapareció.

Desesperado decidí alejarme, pero cuando quise realizar mi intento, me detuvo el ruido de una puerta que abrian; miré, y ví entrar á Margarita, hermosa como un ángel, pero retratada en su semblante la tristeza.

